

Tomás Medina

# ENYA RED

Y EL SECRETO  
DE LAS HADAS



 mr.mom  
juvenil

---

## Enya Red y el secreto de las hadas

Primera edición: 2025

ISBN: 9791387817381

ISBN e-book: 9791388016516

© del texto:

Tomás Medina

© de las ilustraciones:

Realizadas con programas de IA (Microsoft Designer  
y Canva)

© de esta edición:

2025, **mr.momo**

© maquetación y diseño:

Lantia Publishing S.L.  
Plaza de la Magdalena, 9, 3º  
(41001 - Sevilla)

Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.



---

*Para Noelia y Paula,  
los dos seres de luz  
que iluminan mi camino.*



---

## **Parte 1: El príncipe Amir**





## Capítulo 1

**K**ai corría como nunca lo había hecho antes. Había tanto en juego que no podía dejar de hacerlo.



---

Los músculos de todo el cuerpo le imploraban que parase de correr. Los calambres cada vez eran más dolorosos. Era un esfuerzo titánico el que estaba realizando.

Pero el chico, que no llegaba a la veintena, tenía claro su cometido. Había recibido unas monedas de oro por hacerlo, y sin duda, aquella era la misión de su vida.

Todavía no se podía permitir el lujo de disponer de un caballo. Con el tiempo y con algún encargo más, estaba completamente seguro de que se lo podría comprar, pero aún no. Por eso corría sin tener nada más en mente. Solo correr.

Se acercaba al cruce y debía tomar su gran elección. Cruzar rápidamente el Bosque Negro o rodearlo tardando más. El sudor mojaba hace rato la ropa del muchacho y deslizaba gotas por su frente. De vez en cuando sacaba el mensaje. La mayoría del tiempo lo llevaba guardado entre su cuerpo y la ropa. Por nada del mundo lo quería perder, pero, de vez en cuando, debido al sudor, lo sacaba. No quería llegar y entregar un mensaje inundado de sudor. Jamás se imaginó haciendo algo tan importante. Dentro, escrito, iba el mensaje más valioso que nunca se imaginó transportando.

Las canciones hablarían de su proeza, seguramente pasaría a la historia. Tal vez el señor del reino al que se dirigía se lo agradeciese dotándole de tierras o títulos nobiliarios: duque Kai, conde Kai...

---

Su encargo era muy importante y el señor de Alday le estaría muy agradecido.

Los Alday habían sido siempre generosos con sus vasallos. En la capital de su pequeño reino una persona cualquiera se podría labrar un futuro más próspero con esfuerzo y constancia.

Mientras seguía corriendo, Kai recordó las últimas palabras de su madre antes de despedirse de ella para siempre: «Recuerda, Kai, la palabra mágica es esfuerzo y no, *por favor*. Con las palabras *por favor*, estás pidiendo. Con la palabra *esfuerzo* lo que logres será solamente mérito tuyo».

Al fallecer su madre, y con un padre que nunca conoció porque se olvidó de que había tenido un hijo, Kai recogió sus pocas pertenencias y marchó a la capital del reino. El rey Igurti era un buen rey y sabía cuidar de sus vasallos. Pero eso era otra historia, y allí estaba él, corriendo para entregar un importantísimo mensaje del rey Igurti al señor Alday.

Desgraciadamente, Kai no sabía leer ni escribir. Apenas era diestro con la espada y las matemáticas tampoco eran lo suyo. Eso sí, sabía correr tan rápido como alma que lleva el diablo. En eso, era especialista, seguramente sería la persona más rápida que existiese en toda la comarca.

Y así, vino su primer sueldo. Un mensaje sin importancia, totalmente intrascendente. A veces el encargo era oral y tenía que recordar exactamente, palabra por palabra, lo que le decían. En otras oca-

---

siones solo tenía que entregar un escrito o carta. Y las pocas, tenía que entregar algún objeto. Estas últimas se pagaban mejor, media moneda de oro solía ser su tarifa habitual.

Pero ese día era distinto, le habían pagado seis monedas de oro a cambio de llevar un mensaje escrito, nada más y nada menos, que al mismísimo señor de Alday en persona.

Y allí estaba, a medio camino, con la gran decisión por tomar, notando en su pequeño zurrón el peso de las seis monedas.

Sabía que el camino más rápido era cruzando el Bosque Negro. Había leyendas, conocía historias, de personas que se adentraban por el bosque y jamás volvían a ser vistas.

Una vez sorteado el bosque, el camino sería sencillo, ascender campo a través un monte con unos pinares cuya pinocha tapaba el suelo como si de una alfombra mullida se tratase. Tenía la certeza de que sus pies sufrirían ese tramo del trayecto, ya que la punta de la pinocha, esas hojas afiladas de los pinos, se acabarían colando por los huecos y agujeros de su calzado. Pero debía ascender hasta el *Magnus ignis*. Alrededor del gran fuego que había en la cumbre, serpenteaba ya el camino descendente hacia su destino.

El *Magnus ignis* lleva décadas sin encenderse, desde tiempos de la gran guerra. Siempre había una dotación de varios soldados haciendo guardia

---

y, en caso de peligro o ataque de otro reino, se encendía para avisar a toda la población.

Aunque muchos no lo veían como una excelente idea para avisar del peligro, es más, lo consideraban brujería.

Don Leandro Alday realizó largos viajes antes de ser coronado Señor de la ciudad que ahora llevaba su nombre. En uno de ellos conocería a la que posteriormente se desposaría con él. Hiranur era bellísima, ojos color miel y pelo negro azabache. Pero lo que encandiló al señor de Alday fue la inteligencia de la mujer. Con un nombre árabe, cuyo significado era «Cueva de luz», una piel curtida por el sol, y un hombre enamorado, muchas personas fueron las que pensaron que había gato encerrado. Tal vez la gran guerra les convirtió en gentes recelosas de los extranjeros.

Además, la boda rápida y exquisita que tuvieron no hizo más que avivar las sospechas. La llegada de su único primogénito no mejoró la situación.

Luego vinieron los cambios. Cambios que sus mentes no podían asimilar. Primero fue la instalación de alcantarillas en la capital. Siempre había funcionado el «agua va», no había necesidad de cambiarlo. Tras orinar o hacer cacas en un orinal abrías la ventana y lo lanzabas a la calle tras avisar de: «¡Agua va!». Así de sencillo. Luego, fue la idea del *Magnus ignis*. La guerra ya había acabado y las gentes necesitaban creer que ya no habría peligro

---

alguno en sus vidas. Estaban equivocados, pero no lo sabían. Los más recelosos hablaban incluso de hogueras para realizar aquelarres de brujas... no sabían que el fuego la alejaba. No sabían que, además de ser una buena estrategia de comunicación, conseguían mantenerla fuera del perímetro de la ciudad.

Morrigan sí era consciente de ello. No le gustaba ni el olor a salitre de la costa, ni el viento que solía soplar por esas tierras. Pero estaba intrigada por la señora de Alday, la había percibido hace tiempo.

Kai seguía dándole vueltas a la cabeza. Era todo un dilema. Bosque Negro y llegar pronto o rodear el bosque y llegar tarde.

A falta de padre, su madre hizo los dos papeles y le intentó enseñar cosas útiles para la vida: saber si llovería mirando solo las nubes, saber que al pino se le caen hojas todo el año. Algún amigo decía que había árboles que se les caían las hojas en otoño y a otros que no, como al pino. Pero Kai sabía perfectamente que eso no era cierto. Si no, ¿de dónde procedía, entonces, la pinocha? Las hojas de los pinos caen durante todo el año. Y en otoño, también. Además, su madre le enseñó que, junto al helecho y el árgoma seca, la pinocha era muy útil para prender un buen fuego.

«No me pasará nada, no son más que historias de viejos», pensó para sus adentros. Además, desde la cumbre podría divisar su destino y también ten-

---

dría la protección de los soldados que custodian el gran fuego. O eso era lo que, al menos, él pensaba.

Decidido, se adentró corriendo en el Bosque Negro. Pronto comenzó a observar que su maleza era más oscura que la hierba que inundaba todo el reino de Alday. Aun así, corría todo lo rápido que le permitía su cuerpo. Para nada era un sitio agradable en el que permanecer más tiempo del necesario.

Una rama baja le arañó el pómulo. Cientos de hojas de pinocha le pinchaban allá donde se clavaban. Pero siguió corriendo.

De repente, frenó en seco. Algo no iba bien. Durante todo su trayecto había estado escuchando estorninos, jilgueros y algún petirrojo cantar alegremente. En el Bosque Negro, el silencio era notorio. Solamente se oían sus jadeos. También podían llegar a escucharse los latidos de su corazón.

«Si no hay animales, no tengo que tener miedo, ya que tampoco habrá depredadores», pensó para sus adentros con intención de calmar su propia mente.

Estaba equivocado.

Morrigan lo observaba.

Convertida en un mochuelo, era capaz de girar la cabeza hasta 270 grados para poder observar mejor al joven. Su pose, tal vez un poco ridícula, ya que estaba posada sobre una pata mientras que la otra permanecía doblada entre las plumas, recordaba ligeramente a la postura que adoptan los flamencos para descansar.

---

La diosa de las sombras, más que hambre, lo que tenía era curiosidad. Había leído la mente del chico. Efectivamente, el mensaje debía de ser de muchísima importancia para que le hubieran pagado tal cantidad de monedas de oro. Así que trazó su plan. Luego, en un vuelo silencioso, partió hacia el gran fuego que permanecía apagado.

Cuatro soldados, ni uno más ni uno menos, relevados cada ocho horas, custodiaban el lugar. De existir algún indicio de ataque, deberían prender el gran fuego. La fogata estaba sobre una base cuadrada de piedra caliza. Sobre ella, cientos de ramas. De prenderse la hoguera, sería más que considerable y, sin duda, sus llamas se verían desde la capital del reino.

Morrigan se relamió. Ninguno fue rival digno para ella. Mientras, cuatro espíritus más engrosaron las torres de su castillo en el reino de las sombras. Volvió a posarse en una rama. Esperaría a que el chico saliese del Bosque Negro y alcanzase el lugar. Inevitablemente, debería pasar por esa zona para acceder al camino de bajada hacia la ciudad.

Kai así lo hizo. A pesar del miedo y de las primeras dudas, consiguió atravesar sin percance alguno el Bosque Negro. Llegando a la plataforma donde se situaba la leña de la hoguera, se dispuso a descansar durante un momento. No habría seguramente en todo el reino un sitio más protegido para descansar, ya que con los cuatro soldados el lugar era más que invulnerable.

---

«¿Holaaaa?», preguntó titubeante. No quería despertar a ningún soldado, tal vez estarían descansando o dormidos y no sería conveniente para él sobresaltarlos. Pero no encontró más que la ropa abandonada de los soldados. Aquello no tenía buena pinta.

«Dame el mensaje». Su voz era firme, de mujer acostumbrada a mandar.

Kai se giró rápidamente, enfrente tenía a una extraña mujer. Algo no cuadraba en ella, a la vez que un olor pútrido y nauseabundo inundaba el lugar.

Morrigan repitió lentamente y por palabras: «Dame, el, mensaje», a la vez que estiraba el brazo hacia el chico.

«¡No!, es para don Leandro», contestó Kai a la vez que ocultó el mensaje dentro de su ropaje.

Morrigan se giró dando la espalda por un momento y, al volverse a girar, el chico se quedó boquiabierto. Su madre mantenía el brazo estirado y, medio suplicando, le dijo: «Kai, hijo mío, dame el mensaje».

Kai no tenía estudios, pero la calle le había enseñado bien. Era totalmente consciente de que no era su madre. Él mismo le dio sepultura. Entonces lo vio, entre la ropa amontonada de uno de los soldados yacía un chisquero. Era una especie de mechero que ya se usaba desde tiempos de Roma.

Morrigan no se esperó ese movimiento, su ruín truco no había funcionado. No era lo habitual en

---

ella que un plan no le funcionase. Observaba al chico, su destino estaba sellado.

Kai rápidamente dedujo que estaban siendo atacados. No tenía duda de que el mal habitaba en la mujer. El mensaje no podía caer en otras manos que no fuesen las del señor Alday. Para ello, los avisaría, solo de esa forma podía salvar su pellejo y el de la capital. Los tenía que avisar.

Chisquero en mano, intentó prender las ramas. Todo era en vano. Las ramas eran demasiado gordas para que la chispa que emanaba del mechero acabase quemándolas para prender el fuego. Así que, sin titubear, cogió un gran puñado de pinocha del suelo en su mano y acercó el mechero. Esta prendió rápidamente, quemando parte de la mano del chico, y en poquísimos segundos el *magnus ignes* iluminaba todo el lugar.

Morrigan tuvo que huir del fuego protector. Maldecía el momento en el que los seres de luz dotaron a la humanidad con el don del fuego. Un fuego que, encendido, la ahuyentaba como un gato espanta a los ratones.

Varios cuernos comenzaron a oírse a lo lejos.

El primer mensaje había llegado. Alday estaba siendo atacada.

Ahora a Kai le volvía a tocar demostrar lo buen mensajero que era. Más veloz que nunca y cuesta abajo, se dirigió a la capital.



## Capítulo 2

**E**l reino de los Jurimendi era totalmente opuesto al de Alday. Mientras uno disponía de costa que le permitía comerciar con puertos cercanos, Jurimendi estaba compuesto por un reino muy montañoso.

Desde hacía tiempo, mientras el rey de los Jurimendi dormía y siempre con la condición de que el fuego de la chimenea se hubiese apagado, Morrigan hacía acto de presencia y susurraba palabras miserables de odio, traición, venganza... en los oídos de Danel, mientras su esposa dormía plácidamente a su lado.

Poco a poco, esas ideas y desconfianzas fueron calando en su mente del rey hasta que definitivamente se rompieron las relaciones entre los dos reinos vecinos.

Cierta noche que estaba allí presente, la puerta de la alcoba se abrió y una voz de niño resonó en el dormitorio gritando: «¿Tú quién eres?».

---

Aquello fue el detonante. Morrigan había escapado con premura, pero con la descripción de la mujer que realizó Beñat, todo hizo pensar al rey Jurimendi que la visitante era, nada más y nada menos, que Hiranur, esposa ya del rey Alday.

Las relaciones entre los reinos se volvieron más tensas que nunca y los Jurimendi más recelosos, atacantes y desafiantes.

El señor Jurimendi redobló y triplicó la seguridad en su castillo e incluso se llegó a ofrecer mil monedas de oro por la cabeza de Hiranur. En esa época se trataba de una cuantía que difícilmente nadie de sus habitantes vería nunca, ni juntando todos los salarios de su vida.

Aquello provocó cientos de incursiones que intentaban mermar poco a poco el territorio Alday.

Morrigan no perdió el tiempo y fijó su objetivo en el joven Beñat. El príncipe Jurimendi y el príncipe de Alday tenían, a diferencia de unas horas, la misma edad.

Tanto los unos como los otros guardaban lealtad al rey Igurti, rey de las zonas altas de las tierras vasconas y cuyos dominios albergaban desde el nacimiento del río Ebro hasta prácticamente los picos más altos de los Pirineos. Además, sus macizos actuaban de barrera natural contra las tribus germánicas que intentaban expandirse desde el norte.

Por otro lado, el rey Igurti tenía distintos problemas y las disputas entre pequeños reinos no en-

---

traban entre ellos. La gran guerra seguía latente y mantener las fronteras era de vital importancia, las tribus eslavas hacían incursiones entrando por las costas. Incluso escuchó que naves vikingas habían ascendido por el Guadalquivir para atacar Híspalis, la actual Sevilla.

Además, su juventud y su salud ya no eran las de antes. Notaba que perdía el vigor en las batallas más fácilmente y era cuestión de tiempo que cayera en combate. Para más inri, su único hijo no sobrevivió al parto. Iгурti sabía que su legado acababa en él.

Las *mugas* y fronteras de dichos reinos no tienen nada que ver con los lindes actuales. Para centrarnos y poder hacernos una idea, los Jurimendi y la capital del reino denominada Juriherri estarían ubicados en un terreno que hoy en día pertenece a Galdames. Desde los montes de Peñas Negras hasta casi Avellaneda.

Esos montes eran las fronteras naturales con el reino de Alday, que se extendía desde Peñas Negras hasta la costa. Muskiz, Abanto, Las Carreras, Gallarta, Ortuella, Santurtzi, Portugalete y Trapagaran abarcarían hoy en día el terreno Alday. En el actual Barrio Nuevo estaba la plataforma de piedra caliza del *Magnus ignis* visible desde Bilbao. A esa altura, todas las tierras del valle podían divisar perfectamente el fuego.

Desgraciadamente para los Alday y los Jurimendi, no aparecerían ninguno de los dos reinos en los